

VERDAD É INTEGRIDAD PERSONAL

Por

LUIS E. SCHÖNFELD, S.V.D.

"Y el fuego mostrará cuál sea la obra de cada uno" (1 Cor. 3, 13).

LLEGAR AL GRANO de la verdad es trabajo harto difícil, por lo menos por lo que a nosotros mismos hace. "¿Qué es la verdad?" preguntó Pilato a Cristo. Mas, se alejó antes de recibir la contestación.

Los filósofos aseveran que así como la voluntad propende hacia algo por su aspecto bueno y apetecible, así también la mente tiende, por su propia naturaleza, hacia lo que es verdadero. Ahondando poco más en ello, aprendemos que la verdad es la relación recíproca que guardan entre sí la mente y el objeto fuera de la mente; que la verdad de las cosas yace, en último término, en su relación recíproca con la mente de Dios, quien aprehende todas las cosas.

Peritos en teología dan un paso más allá, y explican la Personalidad distinta del Hijo divino como la eterna contemplación de la mente divina de su propia verdad. San Juan Evangelista lo comprendía así cuando se refería a Cristo, afirmando que era la expresión del pensamiento de Dios, o sea, el Verbo. "En el principio — escribió — era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne, y habló en medio de nosotros; y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual del Unigénito del Padre lleno de gracia y VERDAD" (Juan 1, 1-14). Cristo se refirió también en este sentido a Sí mismo como "Camino, VERDAD y vida" (Juan 14, 6).

No obstante nuestro prototipo divino en la mente de Dios y la función natural de la mente humana, la genuina consecuencia y expresión de la verdad choca frecuentemente con serios obstáculos.

El poder creativo de la imaginación es de las posesiones más preciadas que poseemos; pero puede llegar a ser también una de las más peligrosas. El período de la infancia puede hallarse sumergido en un mundo encantador de hadas y creaciones fantásticas, heredado del folklore de edades pretéritas, y constantemente recordado en juegos infantiles y cuentos de ficción. Pero la ficción también puede llevar a fantásticas alucinaciones y complejos nocivos. La literatura, la música y la dramática en sus varias formas no sólo nos alientan y alivian en el tedio de la existencia, sino que al mismo tiempo sirven para elevar el espíritu humano y enriquecer nuestra capacidad para poder apreciar nuestra naturaleza espiritual y sus relaciones con Dios. Por otra parte, también pueden desarrollar un sentido de valores ecéntricos. El poder de imaginación es lo que conduce a descubrimientos científicos y a la dilatación de los horizontes del saber humano. Esta misma actividad, empero, como lo atestigua la historia del crimen y de la guerra, puede acarrear perjuicios extraños y dañinos, a menos que esté bien controlado.

¿Cómo podremos dar razón de estas aberraciones de tan noble facultad del hombre? No hemos de olvidar que la imaginación es una facultad orgánica, una función del cerebro, y como tal es distinta de la mente o del intelecto, que es una facultad espiritual del alma. Aun los animales inferiores poseen algo así como imaginación. Perros, por ejemplo, ladran mientras duermen, lo cual indica que tienen sueños ellos tam-

bién. El carácter fantástico de muchos de nuestros sueños es suficiente indicación de lo que es capaz la imaginación cuando no es regulada por el discernimiento y pleno conocimiento.

Hacer una investigación exhaustiva y un análisis de todos los impulsos y motivos que fundamentan esos caprichos humanos nos llevaría mucho más allá del fin de este artículo. Cada cual debe examinar sus propios problemas y tendencias personales si de ello ha de resultar algún bien práctico. Puede aseverarse, no obstante, que lo más de la falta de honradez y de la falsedad brota de la autoglorificación, autopromoción y autodefensa.

Este tipo general de ausencia de honradez intelectual se extiende por sobre diversos campos. Hay personas que se permiten vigorosas y categóricas declaraciones para las cuales carecen de toda base y razón. Todos nos sentimos inclinados a rotular a personas, ideas y corrientes del pensar humano, y en ese proceso nos hacemos culpables de inmenso daño, por lo menos de daño moral. "Cripte-fascista", "cripto-comunista", "movimientos subversivos y complets" y epítetos semejantes han sido arrojados últimamente sin discriminación alguna e injustificadamente, si no de mala fe.

Para corregir esta tendencia se requiere una sincera estima y consideración de la verdad y una positiva determinación de ser preciso y exacto en las aseveraciones. Si las personas adoptaran esta norma, es probable que se hablaría menos. El hablar, lo mismo que el pensar honradamente, demandan una rigurosa disciplina de sí mismo.

Hay personas que nunca expresan lo que biigan en su mente. Si se tratara tan sólo de observaciones piadosas, sin sustancia alguna; o de alabanzas acaso exageradas o de una mera verboria fútil, ningún mal podría producirse. Pero cuando se trata de una mentalidad taimada e intrigante, el problema asume contornos totalmente diferentes. Este tipo de mente nunca sale al descubierto. Nunca pone sus cartas sobre la mesa. Nunca sabráse a qué dar fe o de qué sospechar en ellos. La sustancia de sus actividades son la intriga y el disimulo, si no directamente la mentira y la falsedad. No se trata aquí de una conducta de "dos caras", sino de tantas caras con cuantas esta mente entra en contacto.

No toda duplicidad, sin embargo, es producto de la malicia directa y consciente. Mucho de ella tiene su origen en la debilidad personal. La envidia y los celos son causa también de un razonamiento tortuoso.

La solución de estos problemas debe comenzar con saber dar la cara a la verdad sobre nosotros mismos, con coraje y determinación. Debe primar, en primer término, la buena voluntad para reconocer nuestras deficiencias y faltas, nuestros fracasos y nuestras culpas, tales como son en su realidad, y no entrar en razonamientos o tratar de buscar consuelo en lo que

podríamos llamar buenas excusas con respecto a nuestra mala conducta. Es igualmente erróneo sentir lástima por consigo mismo por el cúmulo de circunstancias que exigen rendición de cuentas. "Gnoethi Seauten!", dice el antiguo adagio griego — "Conócete a ti mismo". Si es de presentar al mundo una personalidad integral y positiva, hemos de comenzar por insistir en una transparencia y diáfandía de alma sin tacha en nosotros mismos.

Esto, empero, no significa que hemos de llegar a ser introvertidos al punto de dudar de la honradez del motivo de cada acto o decisión. Tampoco es la honradez del propósito garantía de que el mundo siempre nos dará crédito por el deseo que tengamos de hacer lo que es correcto. Lo que los demás puedan pensar de nosotros no es de primordial importancia.

Alguien, acaso, podría haberse preguntado en el curso de la lectura de estas líneas, por qué honradez y verdad han sido tratados bajo el mismo epígrafe. En alguna forma su competencia se desarrolla en esferas totalmente diferentes. Sin embargo, desde un punto de vista personal, las dos van constantemente unidas en un espíritu de abnegación y de valerosa convicción. Los santos han sido hombres y mujeres que despreciaban el medio personal en bienes de este mundo cuando ello implicaba superfluidad en cuanto a sus necesidades o corrupción de cualidad y motivo, y adhirió a la verdad tan apasionadamente que buscaban la íntima unión con Dios, aunque tal determinación les costara persecución y muerte. Cristo, el irreprochable líder, declaró que las aves tienen sus nidos y las raposas sus madrigueras, mientras Él no ha tenido donde reclinarse la cabeza (Mateo 8, 20). Como que para Él no existía acepción de personas, por lo que respecta a la verdad, fue conducido a la muerte en el madero de la cruz. Y no obstante es a Él, por su diáfana abnegación, a quien debemos las bendiciones de nuestra existencia y la esperanza de una vida eterna.

Lo que es verdadero, genuino y sincero siempre permanecerá en crédito de la personalidad humana. Lo que es falso y meretricio, simulado; lo que es ostentación y falta de honradez, todo esto arrastra necesariamente a la desintegración y quedará eventualmente desmascarado. La norma de desarrollo para la personalidad cristiana e integridad personal es clara. La mente humana no puede hallar descanso ni reconciliación a no ser en el hábito de una constitucional sinceridad para consigo mismo.

En último análisis, integridad personal significa más que self-respect. Finca esencialmente en un espíritu de desinterés. Tan sólo inquiriere por lo que es correcto y justo; busca de dar verdadero valor donde encuentra valor. Se interesa únicamente por lo que puede hacer prosperar toda causa digna, el bien común. El hombre que es una sola cosa consigo mismo, es, por la misma prueba, un benefactor de la humanidad, una legítima fuerza de progreso, una luz en la oscuridad de la confusión, una columna de fuerza para todos aquellos que titubean en la penumbra y que sin embargo se hallan destinados a arribar a la luz.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5, 6). †

EDITORIAL

(Continuación de la pagina 38)

del mundo en busca de una verdad absoluta que dé firmeza a su vida y a su pensamiento en crisis.

Acción sobrenatural, desde luego, destinada a la conservación y edificación del Cuerpo Místico de Cristo; acción, por consiguiente, que debe estar vivificada por la gracia la oración. No deseñemos en modo alguno este apostolado, que es propio de todos los fieles cristianos por el hecho mismo de pertenecer a la Iglesia; y menos en estos tiempos en que el naturalismo ambiental nos seduce, y trata de inspirarnos excesivamente confianza en el poder de los simples medios naturales.

Mi Inspiración

¿Quién me arrullaba en medio de mi sueño?
¿Quién me llevó a la hermosura del mundo?
¿Quién me acarició con un amor sincero?
Por quien siempre anhelo aunque lejos de mí,
Es nadie más que tú, mamá.

Tú eres la luz de mi infancia,
la esperanza y consuelo de mi juventud;
y en tus tiernos abrazos y caricias
siento el amor ardiente
de un corazón noble y puro.

En los momentos de incertidumbre y desesperación
sólo tus palabras me alivian en mis penas;
eres mi consuelo en la soledad y tristeza,
como en aquellas noches frías
cuando me protegías.

Ahora que estoy lejos de ti,
tu hija que te busca, para satisfacer
un deseo ardiente.

Tú siempre me inspiras en esta
trabajosa vida;
Una inspiración me das para que
triunfe después.

¡Mamá! — ¡Qué palabra más hermosa!
¡la pronunciaré para siempre!
¡La mantendré grabada en mi corazón!
Doy gracias a Dios que tengo
una madre como la mía
el más precioso tesoro que poseo
en esta vida.

— LOURDES B. UNABIA
B.S.E. II

— LUIS EUGENIO